

## Estudio de caso en español

### 1.4 Discurso y subjetividad

#### Estudio de caso Nº 1.4

Voltaire, *El ingenuo*, 1767 (fragmento del capítulo final de la novela).

Traducción de Mauro Armíño.

*El ingenuo* forma parte de los cuentos filosóficos de Voltaire. La historia narrada tiene lugar en el siglo XVII. El fragmento elegido forma parte del capítulo XX, que es el último.

[A Gordon] lo conmovía el destino de aquella joven, como un padre que ve morir lentamente a su hijo adorado. El abate de Saint-Yves estaba desesperado, el prior y su hermana derramaban torrentes de lágrimas. Pero ¿quién podría pintar el estado de su enamorado? Ninguna lengua tiene expresiones que respondan a ese colmo de dolores; las lenguas son demasiado imperfectas.

La tía, casi sin vida, sostenía la cabeza de la moribunda en sus débiles brazos; su hermano estaba de rodillas a los pies de la cama; su amado apretaba su mano, que bañaba de lágrimas, y estallaba en sollozos; la llamaba su bienhechora, su esperanza, su vida, la mitad de sí mismo, su amante, su esposa. Al oír esta palabra de "esposa", ella suspiró; lo miró con una ternura inefable y de improviso lanzó un grito de horror; luego, en uno de esos intervalos en que el abatimiento y la opresión de los sentidos, con el sufrimiento en suspenso, dejan al alma su libertad y su fuerza, exclamó: "¡Yo vuestra esposa! ¡Ay, amado mío, ese nombre, esa felicidad, ese premio no estaban hechos para mí! Muero y lo merezco. ¡Oh, dios de mi corazón! ¡Oh, vos, a quien he sacrificado a los demonios infernales, dejad de preocuparos, quedo castigada, vivid dichoso!". Estas palabras tiernas y terribles no podían ser comprendidas; pero llevaban a todos los corazones el espanto y el enternecimiento; ella tuvo el valor de explicarse. Cada palabra hizo estremecerse de asombro, de dolor y de piedad a todos los presentes. Todos coincidían en detestar al hombre poderoso que sólo había reparado una horrible injusticia con un crimen, y que había forzado a ser cómplice suyo a la más respetable de las inocencias.

"¿Quién? ¿Vos culpable?, le dijo su amado; no, no lo sois; el crimen sólo puede estar en el corazón, y el vuestro es de la virtud y mío".

Y confirmaba este sentimiento con palabras que parecían devolver la vida a la hermosa Saint-Yves. Ésta se sintió consolada, y se extrañaba de seguir siendo amada todavía. El viejo Gordon la habría condenado en los tiempos en que sólo era jansenista; pero, habiéndose vuelto prudente, la estimaba y lloraba.

[...]

La bella y desventurada Saint-Yves ya sentía acercarse su fin; estaba tranquila, pero con esa tranquilidad horrorosa de la naturaleza exhausta que ya no tiene fuerza para luchar. "¡Oh, amado mío!, dijo con voz desfalleciente, la muerte me castiga por mi debilidad; mas expiro con el consuelo de saberos libre. Os he adorado al traicionaros, y os adoro al daros mi eterno adiós".

No hacía alardes de vana firmeza; no concebía esa miserable gloria de lograr que algunos vecinos dijeran: "Murió llena de ánimo". ¿Quién puede perder a los veinte años a su amado, su vida y eso que llaman la "honra" sin pesar ni desgarros? Sentía todo el horror de su situación, y lo dejaba translucir en esas palabras y miradas moribundas que hablan con tanta elocuencia. En fin, lloraba como los demás en los momentos en que tuvo fuerza para llorar.

¡Que otros traten de alabar las fastuosas muertes de los que entran insensibles en la destrucción!: ése es el destino de todos los animales. Nosotros

sólo morimos como ellos, con indiferencia, cuando la edad o la enfermedad nos hacen semejantes suyos por la estupidez de nuestros órganos. Quien sufre una gran pérdida tiene grandes pesares; si los ahoga, es que lleva la vanidad hasta en los brazos de la muerte.

---

Comentario del fragmento del capítulo final  
de *El ingenuo* de Voltaire

---

El *ingenuo* es un joven *hurón* (miembro de un pueblo originario del territorio de lo que hoy es Canadá) que abandona la tierra en que ha nacido para recorrer el mundo. Al llegar a Bretaña, el abate Kernabón y su hermana creen reconocer en él al hijo de un hermano muerto en Canadá durante una expedición contra los hurones. Voltaire modela a su personaje sobre el mito del buen salvaje. La ingenuidad del protagonista le sirve para poner de relieve los defectos de la "civilización" francesa.

El cuento narra una historia de amores contrariados entre el ingenuo y la señorita de Saint-Yves. Los prejuicios, la irracionalidad, la corrupción y las ambiciones personales de algunos personajes determinarán la suerte de los protagonistas. El ingenuo irá a la cárcel por expresar opiniones religiosas no ortodoxas. Eso le permitirá conocer a Gordon, un hombre culto que cumple una condena por su adhesión al jansenismo (una doctrina considerada, como una herejía por la jerarquía católica, que inspirándose en las ideas de san Agustín, pone en primer plano el pecado, niega el libre albedrío y afirma que la salvación puede obtenerse exclusivamente por gracia divina). En la cárcel, Gordon inicia al ingenuo en el estudio de la filosofía y las ciencias humanas. La relación con el ingenuo acaba poniendo en duda las certezas de Gordon y este abandona su fanatismo jansenista. Entretanto la señorita de Saint-Yves, en su desesperación por liberar a su amado de la cárcel, pierde su honra en manos de un hombre tan poderoso como corrupto. Esto la llevará a perder también la salud y luego la vida.

El fragmento elegido presenta la escena en que el ingenuo y Gordon, que han podido salir de la cárcel, asisten a la agonía y luego a la muerte de la señorita de Saint-Yves. Voltaire da un tratamiento dramático a la escena. Aunque se trata de una narración en tercera persona, el texto está profundamente impregnado de subjetividad, no solo de la subjetividad de los personajes cuyas palabras y pensamientos son transmitidos, en forma directa o indirecta, por el narrador, sino también de la subjetividad del propio narrador.

Entre los dispositivos de expresión de la subjetividad del narrador es fundamental el tono patético que modela todo el fragmento. De ese modo el narrador quiere conmover al lector. El patetismo se manifiesta sobre todo a través de lo que Benveniste llama índices accesorios de la enunciación, por ejemplo el empleo de la modalidad interrogativa de la enunciación a través de preguntas retóricas ("¿quién podría pintar el estado de su enamorado?" o "¿Quién puede perder a los veinte años a su amado, su vida y eso que llaman la «honra» sin pesar ni desgarros?") y sobre todo el uso de las modalidades apreciativas del enunciado por medio de subjetivemas (léxico y expresiones que remiten a sentimientos intensos, por ejemplo "conmovía", "desesperado", "torrentes de lágrimas", "colmo de dolores", "casi sin vida", "moribunda", "bañaba de lágrimas", "estallaba en sollozos", "ternura inefable", "grito de horror", "abatimiento", "opresión de los sentidos", "sufrimiento", "demonios infernales", "palabras tiernas y terribles", "espanto", "ternura", "asombro", "dolor", "compasión", "estremeciendo", "horrible injusticia", "crimen", "inocencias",

"desventurada", "tranquilidad horrorosa", "naturaleza exhausta", "desfalleciente", "muerte", "eterno adiós", "miserable gloria", "pesar", "desgarros", "horror").

A pesar de que se trata de un relato en tercera persona que narra una historia en la que el narrador no participa (los hechos narrados tienen lugar en 1689, pero puede suponerse que el narrador evoca esa historia en 1767, que es el momento de la publicación del cuento), también encontramos lo que Benveniste llama índices específicos de la enunciación, es decir índices que remiten a la persona que toma la palabra y al momento en que lo hace. Porque aunque se trate de una ficción, el punto de vista de Voltaire filósofo se manifiesta claramente. Para decirlo de otro modo: aunque este cuento tenga, como toda ficción, un narrador ficticio (una instancia narradora tan ficticia como los personajes mismos), lo cierto es que se oyen las opiniones de su autor. Los índices específicos de la enunciación se perciben en el uso del presente del indicativo en las líneas en que el filósofo emite una opinión, por ejemplo cuando escribe:

Ninguna lengua tiene expresiones que respondan a ese colmo de dolores; las lenguas son demasiado imperfectas. (línea 4)

Pero donde están más presentes estos índices específicos de la enunciación es en el momento en que se formulan conclusiones acerca de la historia que acaba de contarse, por ejemplo hacia el final del fragmento citado, en frases como:

¿Quién puede perder a los veinte años a su amado, su vida y eso que llaman la "honra" sin pesar ni desgarros? (líneas 36-38)

O

Quien sufre una gran pérdida tiene grandes pesares; si los ahoga, es que lleva la vanidad hasta en los brazos de la muerte. (líneas 44-46)

Se trata de verdades generales enunciadas desde el presente de Voltaire. Y también hay subjetividad en la expresión de deseo después de la muerte de la señorita de Saint-Yves:

¡Que otros traten de alabar las fastuosas muertes de los que entran insensibles en la destrucción!: ése es el destino de todos los animales. (líneas 41-42)

y en el deíctico de primera persona del plural de la frase siguiente, cuando compara la condición humana con la de los animales:

Nosotros sólo morimos como ellos, con indiferencia, cuando la edad o la enfermedad nos hacen semejantes suyos por la estupidez de nuestros órganos. (líneas 42-44)

En estas reflexiones el registro patético se combina con el registro didáctico del filósofo que, al acercarse el final de su cuento, explicita lo que ha querido demostrar a través de la ficción.

Además del patetismo en la voz del narrador, hay también un patetismo muy marcado en la voz de los personajes. Nos referimos tanto a los personajes imaginados puntualmente ("[La señorita de Saint-Yves] no hacía alardes de vana firmeza; no concebía esa miserable gloria de lograr que algunos vecinos dijeran: 'Murió llena de ánimo'.", líneas 35-36) como a los protagonistas de la historia que en varias ocasiones toman la palabra. La inclusión del discurso directo —con sus interjecciones, sus exclamaciones, sus preguntas y sus subjetivemas— da dramatismo a la escena.

Podemos oír la voz de la señorita de Saint-Yves cuando se dirige a su amante y a Dios en las siguientes líneas:

"Yo vuestra esposa! ¡Ay, amado mío, ese nombre, esa felicidad, ese premio no estaban hechos para mí! Muero y lo merezco. ¡Oh, dios de mi corazón! ¡Oh, vos, a quien he sacrificado a los demonios infernales, dejad de preocuparos, quedo castigada, vivid dichoso!" (líneas 14-18)

Y más adelante:

"¡Oh, amado mío!, dijo con voz desfalleciente, la muerte me castiga por mi debilidad; mas expiro con el consuelo de saberos libre. Os he adorado al traicionaros, y os adoro al daros mi eterno adiós". (líneas 33-35)

Podemos también oír la voz del ingenuo cuando se dirige a su amada:

"¿Quién? ¿Vos culpable?, le dijo su amado; no, no lo sois; el crimen sólo puede estar en el corazón, y el vuestro es de la virtud y mío". (líneas 24-25)

El léxico y el tono empleados por los personajes son, como puede constatarse en los ejemplos citados, tan patéticos como los del narrador.

Diremos, para concluir, que si resulta natural que la subjetividad impregne el discurso de una persona o de un personaje, el análisis del fragmento nos muestra que la subjetividad también puede impregnar el discurso del narrador, incluso en el caso de un narrador que cuenta una historia en la que él no participa. El conocimiento de los mecanismos identificados por Émile Benveniste en su descripción del aparato formal de la enunciación nos permite entender el modo en que la subjetividad se plasma en el discurso.